

## Lala Valdés narra la historia de Clarisa

*That even his stubbornness, his checks and frowns...  
Have grace and favour in them\*.*

WILLIAM SHAKESPEARE

Clarisa era guapa y coja. Fumaba un cigarrillo sentada en las escaleras que subían al *mezzanine* y miraba alrededor con desgana. Oía, que no escuchaba, el rumoreo de trivialidades de los todavía escasos invitados. Conversaciones furtivas, risitas incipientes; el estudio acabaría abarrotado de griterío y carcajadas incontroladas por los porros y el vodka, como en todos los saraos que organizaba Genaro. ¿Por qué habría aceptado su invitación? Hasta ese día, a la inquietante costumbre de invitarla a sus fiestas, ella contestaba invariablemente con negativas. Había cuadros diseminados sin orden ni concierto por las paredes y los rincones del estudio, esos cuadros que nunca conseguía vender, inmensos, con figuras deformadas de trazo deliberadamente primitivo y colores estridentes. Conceptuales, aseguraba. Genaro era artista y alcohólico. Tenía siempre su *loft*, desbaratado y enorme, lleno de gente, y con cualquier excusa organizaba una

---

\* «Que incluso su testarudez, su mal humor, su ceño fruncido... tienen gracia y talento».

fiesta, porque la única forma de soportarse a sí mismo y seguir sobreviviendo era distraerse con la presencia de alguien o con el alcohol y las drogas. Y las fiestas eran una solución perfecta porque satisfacían todas sus necesidades.

Clarisa, quien a sus veinticinco años vivía bajo el ala protectora de su madre, en Valencia, entre sus amistades de toda la vida, entre sus hermanos y sus primos, entre todas esas relaciones que a pesar de sus buenísimas intenciones no le dejaban olvidar aquel día fatídico de febrero cuando cayó enferma de poliomielitis, se veía a sí misma sobrellevando una rutina social sobreprotectora para con ella, entablado conversaciones que ya no le interesaban, escuchando preguntas peregrinas y respuestas que no le importaban y empezando a preguntarse cuál soledad escoger: si la inspirada por el contacto con una realidad anodina e insustancial o la que ella misma pudiera construir o destruir conforme a sus necesidades de supervivencia. Y la atracción por esta última alternativa iba creciendo; gradualmente, pero crecía.

Este sábado había aceptado la invitación a la fiesta, tras sopesar pros y contras, porque le pareció que una noche desmadrada, una noche diferente, la ayudaría quizás a aclarar esas dudas que la consumían con inquietante persistencia. Pero no le apetecía unirse a ninguno de los corrillos. Si por lo menos Ruth la hubiera acompañado, no se sentiría tan fuera de lugar. El ambiente que se estaba formando a su alrededor no hacía sino dispararle su sentido más crítico y reprobatorio. Porque, aun cuando la mayoría de los asistentes rozaban la treintena, todos estaban comportándose como adolescentes vanos e insustanciales. Perseguían la borrachera como si les fuera en ello la vida, buscando la libertad y la satisfacción en un punto

cualquiera del pasado sólo por miedo a enfrentarse a la visión de un camino diferente que les abriera perspectivas más apetecibles de futuro. Desde luego no se sentía una de ellos. Pero esperaba que precisamente su contacto, el barullo y el alcohol la pusieran a prueba, estimularan sus expectativas; y no iba a eludir una posibilidad más de confrontar su prosaica realidad y tomar alguna determinación que la encaminara por fin hacia alguna parte. Quería calibrar su fuerza interior, sus energías, su firmeza. Deseaba, y a la vez temía, esos fantasmas de peligros innominados que truncaran su cotidianidad para ofrecerle un destino nuevo, bueno, malo o regular, pero diferente, sorpresivo; o sepultaba las noveleras fantasías de cambios drásticos en su vida, de huidas al extranjero con una mochila por todo equipaje, o se decidía de una vez a ponerlas en práctica.

—¿Te sirvo una copa? —con voz de barítono se dirigía a ella un invitado corpulento.

Era una de las pocas caras nuevas de la fiesta, grande, gordo y con una entonación tan prepotente y chulesca que Clarisa se preguntó si el tipo bromeaba o si sería siempre así.

—Bueno, pásame un *gintonic*.

Martín, que así se llamaba el individuo, le despertó inmediatamente la curiosidad por su atuendo y su aire particular, tan poco afín al ambiente general, tan desacorde con el del resto de pijoprogres de la reunión. Cuando fue a buscarle la copa, lo miró con más interés, aún intrigada por su facha, algo atildada, como de indiano gallego, y un andar torpón que se debía sin duda al roce de sus gruesos muslos el uno contra el otro. Presa de un insólito y vergonzante ramalazo de perversión, se sorprendió a sí misma encontrándolo sexualmente atractivo.

A él también le habían impresionado desde el primer momento Clarisa, sus ojos verdes y sus rizos oscuros de reflejos castaños, y se regocijó internamente al descubrir su cojera. El pragmatismo de Martín, que no su sensibilidad, le dio a entender que justamente por eso se le abría una posibilidad de llegar a ella: sin un defecto físico hubiera resultado inconcebible que una niña bien, y además guapa, se fijara en él. No contaba con el poder del morbo; Clarisa era de esas pocas mujeres a quienes atraían las ostentaciones de masculinidad, una circunstancia menos habitual de lo que muchos piensan. Se lanzó pues él al ataque, desplegando aquello que creía era *savoir faire*. Se sabía advenedizo, estaba en la fiesta por casualidad, arrastrado por un conocido de un conocido de Genaro, y era imperioso esmerarse.

Volvió con el *gintonic* y su mejor media sonrisa.

—¿Eres amiga de Genaro?

—Bueno, amiga, amiga... Lo conozco desde hace tiempo. De niños éramos de la misma pandilla. Pasábamos los veranos en Altea.

—Yo es la primera vez que lo veo. He venido con aquél, el rubio de pelo largo. Es otro artista, pero tampoco es que él lo conozca demasiado. Me parece que alguien los presentó hace un par de días en una sala de arte.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—A los negocios. Tuve un bar. Pero he roto con el socio, y ahora quiero hacer dinero para montar otro por todo lo alto. Seguramente me mudaré unos años a Estados Unidos porque allí ganaré lo suficiente en mucho menos tiempo.

—¿Tú crees? Si no tienes papeles, me da la impresión de que no se consigue gran cosa. Por lo menos eso dicen.

—Yo no necesito papeles para establecerme en ningún lado. Tampoco los tenía en mi bar y nunca nadie me los pidió.

—Porque aquí estamos en Valencia, pero Estados Unidos es Estados Unidos.

—Para mí, lo mismo. —Otra vez la actitud de extrema chulería, caricaturesca chulería, pero definitivamente sexy para su interlocutora.

Clarisa prefirió obviar el repertorio del cual hizo gala el mozo, que en otras circunstancias le hubiera puesto de manifiesto sus limitaciones. A lo largo de la conversación, durante la cual hablaron de las respectivas familias y antiguos ligues, él no paró de ofrecerle copas. Ella las fue aceptando una tras otra, y al cabo de tres horas estaba tan borracha que no tuvo fuerzas para resistir el maquiavélico ataque perpetrado por él. Estaba en sus brazos cuando abrió los ojos por la mañana, acostada en uno de los colchones que hacían las veces de sofás distribuidos a lo largo y ancho del estudio de Genaro, con una resaca espantosa y sin la más remota idea de lo que pudiera haber sucedido entre ellos antes de su pérdida de consciencia.

—Creo que acabo de despertar de mi primer coma etílico. —Clarisa miraba a un lado y a otro, desconcertada.

—Sólo ha sido borrachera. Te lo digo yo, que entiendo del tema. No te olvides de que he tenido un bar. El coma etílico es bastante peor.

A él se lo veía muy satisfecho, lo cual no logró sino aumentar las sospechas de Clarisa de que sí había ocurrido algo.

Se incorporaron. La fiesta continuaba. Quedaban unos pocos asistentes, traspuestos o amodorrados, en si-

lencio, con la mirada nublada, enajenados por los efluvios del alcohol. Ella les echó una ojeada, interiormente convencida de haber dado el espectáculo, pero nadie parecía preocuparse lo más mínimo ni por su pasada borrachera ni por su actual resaca. Bastante tenían todos con aguantar el tipo.

Ese encuentro con Martín iba a trascender mucho más de lo que hubiera sido lógico suponer. Fue la grieta más importante en el pilar sobre el cual había reposado la infancia y parte de la juventud de Clarisa, un pilar que toda persona ha de destruir antes de poder llegar a ser ella misma. De sucesos, no necesariamente trascendentes en sí mismos, como el vivido por Clarisa ese día en el estudio de Genaro se compone la línea esencial interna de cada destino. Y la desgarradura que provocan en ese pilar, aunque a veces cicatrice y caiga en el olvido, perdura en el interior de la persona, continúa abierta un buen tiempo, el suficiente para cobrar significado en el futuro.

Tras abandonar la fiesta, Clarisa, embargada por una secreta excitación, empezó a sentir la difusa necesidad de recapacitar sobre lo ocurrido durante las últimas horas y buscar el camino hacia el cual dirigir el siguiente paso. Pero le era difícil: nunca se distinguió por su capacidad de reflexión, y además durante un tiempo —no sabía aún cuánto— le iba a absorber la tarea de habituarse al nuevo escenario emocional en el que de pronto era la protagonista.

¡Qué sorpresa inopinada regresar por la mañana a su casa, después de pasar la noche con Martín! Al entrar procuró no hacer demasiado ruido porque prefería ir directa a su habitación y preparar la estrategia para enfren-

tarse a sus padres, sobre todo a su madre. Desde el vestíbulo echó una mirada a derecha y a izquierda. La puerta del salón estaba entreabierta. No había nadie. De pronto, todo aquello que siempre la había rodeado cobraba otra dimensión: los objetos, los muebles, los cuadros no significaban lo mismo, le eran en cierto modo extraños, incluso daban la impresión de estar despidiéndose de ella. La rodeaba el silencio más absoluto. ¿Dónde estaban todos? Se abrió la puerta de la cocina y la asistenta salió a su encuentro; le dijo que sus padres y sus hermanos se encontraban en misa y llegarían justo antes de comer. Bueno, mejor, así tendría tiempo de serenarse. Se miró en el espejo del pasillo, frente a su dormitorio, y le pareció estar viendo a otra Clarisa, a una Clarisa más confiada, casi invulnerable, una Clarisa consciente de hallarse ante un momento importante de su vida. «La cara te cambia después de un polvo», le hubiera dicho su prima Ruth, que no se andaba con eufemismos. Quizá, pero no, no era eso. Esa mirada resoluta, firme, era nueva.

Entró en su cuarto. Le estorbaba la chaqueta y se la quitó. Después de lanzarla sobre la cama permaneció unos instantes indecisa. Luego empezó lentamente a desnudarse. Tenía tiempo para ducharse y cambiar de *look*. Se trataba de evitar a toda costa que su madre descubriera en ella el más mínimo indicio de la noche anterior; quería recibirla fresca y con otro vestido. No iba a ser fácil enfrentarse a ella. Doña Raquel, mujer de fuerte carácter, cuyo fervor casi erótico por el Papa y las encíclicas del Vaticano era público y notorio, beata de toda la vida y sobreprotectora con sus hijos, la pondría sin duda a prueba una vez más. Era previsible que la interrogara e interrogara, para sonsacarle dónde había pasado la noche;

porque algo acabaría notándole, la muy ladina. Cuando la tarde anterior salió de casa para dirigirse a la fiesta de Genaro, Clarisa le había dicho —con el más casual de su repertorio de tonos— que no la esperaran, que se quedaría a dormir en casa de Ruth porque vivía más cerca de Genaro.

Y en casa de Genaro había conocido a Martín, y de pronto este personaje que en principio nunca debería haber considerado, este personaje diferente, culturalmente alejado de ella, rudo y desde luego inadecuado, se convertía en una imprevisible redención, en un insospechado héroe rescatador. Cuando se despidieron frente a la portería de su casa, el entusiasmo de él era palpable. No la dejaría en paz, eso seguro. Convertirse en su compañera de aventuras migratorias iba a depender sólo de ella. No albergaba la menor duda sobre la incondicionalidad de Martín; podía contar con él para lo que fuera. Y ahora intuía que esa incipiente relación —¿de amor?, ¿de amistad?— era el principio de su camino hacia la libertad. Difícil de entender que del contacto con alguien así de peculiar surgiera esa magia, y que ese contacto sin aparentes características de único o especial adquiriera de improviso profunda significación. Para qué, pues, reflexionar: tampoco tenía el menor deseo de averiguar el porqué. No le importaba averiguar, ni darle más vueltas a sus sensaciones. Con todo, su destino iba a ir ligado a ese extraño encuentro. Era más que una intuición.

Decidió, pues, que lo importante no era saber o comprender, sino vivir el inesperado impulso, el sacudimiento, ese soplo de vida regalo de la providencia, cuya insondable gnosis estaba acostumbrada a ignorar desde el día en que cayó enferma de poliomielitis, hacía ya quin-

ce años. Aunque estos inesperados estímulos, este bati-burrillo de nuevos sentimientos, todos ellos dirigidos en un mismo sentido, le producían al mismo tiempo cierta desazón, una vaga incertidumbre; se le venía encima el problema de su familia, de cómo encararían a la nueva Clarisa. Pero se sorprendió a sí misma al percibir que esta desazón contenía una mayor dosis de impaciencia que de temor. Y en el transcurso de la mañana fue creciendo la impaciencia a la vez que decrecía el temor, y un desconocido e indescifrable bienestar se abría paso dentro de ella. ¿Quizá porque por fin tomaba cuerpo la decisión tanto tiempo temida, pero tanto tiempo acariciada, de su posible emancipación? Porque tampoco le importaba demasiado cómo fuera realmente Martín. El milagro se había producido, y era gracias a él. Le daba igual todo lo demás; había encontrado la fuerza para encauzar su vida hacia donde quería: hacia la independencia, hacia distanciarse de Valencia, hacia construir una vida autónoma donde además no importara su minusvalía.

Su madre estaba a punto de llegar y no podía eludir el encuentro, aunque éste no tuviera por qué transformarse en enfrentamiento, ni ser tajante o definitivo. Pero sí empezaría a poner distancia para que la familia entera fuera haciéndose a la idea: su Clarisa se iba, mental y físicamente. Y decidió que recurriría al sentido del humor para limar las inevitables asperezas, para allanar el camino hacia la comprensión. Lo había hecho otras veces; y eso que el humor no era su fuerte, representaba para ella una disciplina, algo que en los momentos cruciales de su vida se había impuesto a sí misma, un recurso del cual empezó a echar mano desde que oyó a alguien en la radio decir que era la manera idónea de encarar los problemas más

angustiantes. Y cuando se imponía algo, lo cumplía hasta las últimas consecuencias. Contestaría con bromas, con sonrisas y desde luego con buena cara a cualquier actitud, por negativa que fuera, proveniente de sus padres o hermanos. Era una práctica que había empleado ya en alguna ocasión para lidiar con el ambiente habitual de su casa, donde por desgracia se sentía extraña en demasiadas ocasiones. A diferencia de sus dos hermanos, ella no parecía haber heredado ningún gen de sus padres. Sólo apelando al sentido del humor lograba sobrevivir en esa esfera familiar que le provocaba tantos sentimientos confusos, cuando no francamente agónicos: vivía en su casa como si no fuera su casa; obedecía en lo imprescindible a sus padres pero sin permitir que sus imposiciones la penetraran o influyeran; renunciaba a todo aquello que había de renunciar por su condición física, pero como si no se tratara de una renuncia.

Se estaba peinando cuando oyó voces en el vestíbulo y luego el familiar taconeo de su madre sobre el parquet del pasillo. Abriría la puerta de su cuarto y le diría: «Buenos días, mamá». Con el corazón algo encogido, pero contenta, daba por finalizadas sus reflexiones, consciente de su desligamiento con todo aquel universo de la casa familiar que empezaba a percibir como un pasado, y sólo vagamente inquieta por la incipiente sensación de libertad.

Pocos días después, Clarisa y Martín eran ya inseparables. Y cuatro meses más tarde, se despedía ella de sus padres y hermanos, quienes, consternados, la veían partir para las Américas siguiendo a aquel patán al que, de todos modos, no concebían formando parte de su mundo. No cabe du-

da de que la relación de la pareja se hubiera desarrollado en un clima abiertamente hostil, o en el mejor de los casos enrarecido, de haber permanecido ambos en Valencia. Doña Raquel, el alma de la familia, quien siempre organizaba y desorganizaba todo, decidió, inexplicablemente y después de desahogarse con su marido y sus otros hijos, que no iba a armar ningún drama frente a Clarisa y que resistiría al pie del cañón en casa, aguardando la menor señal de ella para correr a rescatarla. «Que seas muy feliz» es lo único que le dijo, digna y contenida, al despedirse. Esa inesperada actitud de su madre cogió desprevenida a Clarisa, quien amparada por unas muy legítimas reservas no se fiaba de ella ni un pelo. ¿Una postura comprensiva por parte de su madre? Sin duda tendría un límite. Pero al no albergar intención alguna de averiguar adónde llegaba con exactitud este límite, se marchó sin más.

Aguantó con estoicismo y terquedad los primeros tiempos, difícilísimos, en California por miedo a desencadenar de nuevo las tendencias controladoras y castrantes que su madre había reprimido antes de su partida. Hubo de resistir cada día la tentación de llamar a España pidiendo socorro. Sólo telefoneaba para comunicar con la boca pequeña que todo marchaba según lo previsto. Cuando yo la conocí en San Francisco, ya había aprendido a afrontar cualquiera de esos trances que el destino tiene reservados a algunos de sus hijos (¿por qué sólo a algunos?) para ponerlos a prueba. Durante los primeros tiempos de inmigrantes en el país, ella y Martín sobrevivieron gracias a la única característica que poseían en común: esa capacidad, esa disposición del estratega en supervivencias, de quien no se arredra ante nada, de quien se haría rico vendiendo arena en el desierto, aunque en su

caso no fuera vendiendo arena sino muebles viejos que recogían por las noches de los contenedores. Ella había estudiado restauración en la escuela de Bellas Artes de Valencia y sabía cómo redecorar todas aquellas sillas, mesas, cómodas y demás enseres reciclados. Les daba un acabado envejecido, *distressed*, muy a la moda de aquel momento en California, y luego ambos los vendían en los mercadillos de Berkeley.

Al cabo de poco más de un año, y estando aún indocumentados en el país, lo cual dificultaba enormemente cualquier iniciativa empresarial, Martín, codicioso y déspota pero arrojado y visionario, alquilaba su primer local, un barucho en la Mission de San Francisco para ofrecer a precios módicos desayunos y meriendas a la clientela habitual del barrio, compuesta principalmente de latinoamericanos, estudiantes europeos y bohemios autóctonos.

Cuando me instalé en la ciudad, me presentaron a la pareja en una fiesta de atmósfera latina. Yo estaba trasladando mi negocio de Medellín, de donde procedo, a San Francisco. Empecé a frecuentar su establecimiento por las mañanas, para desayunar. Durante la primera conversación que sostuve a solas con Clarisa, me habló de sus primeros meses en la ciudad. Estábamos sentadas en los taburetes de la barra, frente a dos gigantescos vasos que contenían una dosis desmesurada de café americano.

—Realmente fue duro. Martín tenía claro que quería abrir el bar, pero yo no lo veía tan fácil ni tan inmediato. Se me ocurrió lo de recoger muebles de los *containers* y arreglarlos. Para luego venderlos, claro, e ir sobreviviendo.

—Me hubiera gustado verlos. ¿Te quedó alguno?

—Un par de sillas. Están en casa. Si me visitas algún día te las enseñaré.

—Me encantaría —dije entre sorbo y sorbo de aquel café insulso y aguado, al que no acababa de acostumbrarme—. Yo me dedico a la moda profesionalmente, pero la decoración me apasiona.

—De moda no entiendo nada, pero si necesitas contactos con el mundo del interiorismo, dímelo. Cuando Martín y yo nos dedicábamos a la venta de muebles reciclados conocí a un montón de profesionales del sector, porque justamente estos últimos años, con eso de la moda del mobiliario rústico de Nuevo México, todos los decoradores van buscando como locos muebles con aspecto destrozado, bueno, *distressed*, como dicen aquí.

—*Distressed*, pero con gracia. Sí, ya los he visto; tienen un aire colonial, me gustan. Yo misma he comprado para mi apartamento una mesa de ese estilo.

—La verdad es que son muebles con encanto. Yo nunca los había visto en España antes de mudarme aquí, pero ahora, después de estar imitándolos durante tanto tiempo, estoy un poco saturada de verlos, y para mi propia casa sólo he guardado las dos sillas.

—Me admira que reaccionaras tan rápidamente a la situación y encontraras ese modo de ganar dinero, cuando en realidad no estabas acostumbrada a buscarte la vida.

—Eso es cierto. Siempre estuve sobreprotegida en Valencia.

Mientras hablaba, Clarisa miró inquisitiva a su alrededor, sacó el paquete de cigarrillos del bolso y encendió uno.

—Fumo porque me da la gana; al fin y al cabo estoy en mi propio bar. Pero teóricamente no se puede.